

## La forja de la *nación de Franco*: nacionalismo, catolicismo y violencia en la zona rebelde durante la Guerra Civil española (1936-1939)

*The forging of Franco's nation: nationalism, Catholicism and violence in the rebel zone during the Spanish Civil War (1936-1939)*

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS  
Universidad de Granada

### RESUMEN

El golpe de Estado de julio de 1936 dio lugar a una guerra que dejó una huella duradera en la sociedad española, pero también puso los primeros cimientos sobre los que se sostuvo una dictadura de cuarenta años. El estallido de la violencia abrió, además, el contexto propicio para el desmontaje de la experiencia republicana y la consolidación de los componentes fundamentales del incipiente régimen franquista. Este texto examina el proceso de formación de la España de Franco y a su incidencia sobre la movilización social. En concreto, se centra en la interrelación entre tres variables esenciales para entender el nacimiento del franquismo: la nación, la violencia y el catolicismo. Este artículo prioriza una mirada *desde abajo* y se basa en fuentes de diversa procedencia: bibliografía, prensa, testimonios y documentación archivística. El objetivo final es examinar la construcción de la *Cruzada franquista*, evaluando el alcance de los discursos y políticas renacionalizadoras y recatolizadoras impulsadas por las autoridades, pero coproducidas por una parte de la población situada en zona sublevada.

### PALABRAS CLAVE

Franquismo; Nacionalismo; Catolicismo; Violencia; Guerra Civil Española.

### ABSTRACT

The coup of July 1936 led to the outbreak of a war that produced an enduring effect in Spanish society, but it also laid the foundations of a forty-year long dictatorship. In addition, the eruption of civil violence set the scene for the dismantling of the Republican regime and the consolidation of the main features of the emerging Francoist regime. This text examines the formation of Franco's Spain and its impact on social mobilization. It focuses on the interplay between three essential variable to understand the birth of Francoism: the nation, the use of violence and catholic religion. The article embraces a *history-from-below* approach and draws on a variety of sources: books, media reports, witness accounts and archival materials. Its ultimate aim is to examine the historical construction of the so-called *Francoist crusade*, assessing the social reach and success of the re-nationalizing and re-Catholicizing discourses and policies implemented by the regime's authorities, but also devised in collaboration with large sectors of the population who lived in the zone controlled by the Rebels.

### KEYWORDS

Francoism; Nationalism; Catholicism; Violence; Spanish Civil War.



El 21 de mayo de 1937, tan solo unos días antes de la celebración de la procesión del Corpus Christi por las calles de Granada el Ayuntamiento decidió reanudar una “vieja costumbre interrumpida durante los años anteriores”. La Comisión Permanente municipal aprobaba por unanimidad sufragar la cera que se utilizaría en la ceremonia religiosa del día 27, comprometiéndose “al suministro a razón de tres pesetas la libra y debiendo suministrar doscientas velas a libra y mil de media”, haciendo “un total de dos mil pesetas”<sup>1</sup>. Aquella decisión aparentemente intrascendente escondía tras de sí una significativa carga simbólica. La corporación municipal refrendaba en el plano local la alianza Iglesia-Estado establecida en torno a la *Cruzada* y brindaba su apoyo y financiación a las festividades católicas que retornaban a las calles tras unos años marcados por políticas secularizadoras y episodios de anticlericalismo. A su vez, las autoridades reclamaban la propiedad del espacio público, tan disputado durante el período republicano y tan necesitado –a juicio de los nuevos rectores de la vida nacional– de una profunda regeneración que borrara de un plumazo todos los referentes del régimen precedente y los reemplazara por los del autodenominado Nuevo Estado.

La *reconquista* del espacio urbano solo fue un puntal más del proyecto de regeneración nacional emprendido desde el verano de 1936. El contexto inaugurado por el golpe de Estado y la guerra que le siguió fueron concebidos como el momento propicio para la reestructuración y redefinición de los pilares fundamentales que sostenían la misma idea de nación, bajo la convicción de que sus más naturales esencias se habían visto profundamente alteradas<sup>2</sup>. La forja de la nueva nación que emergería de la contienda se realizó en torno a tres ejes fundamentales: en primer lugar, la violencia, entendida como el instrumento necesario y prioritario para la purificación del cuerpo nacional y la aniquilación del enemigo, pero también como un referente para cohesionar y movilizar a la población en torno a la causa rebelde; en segundo lugar, el nacionalismo español defendido por los sublevados, erigido como un vínculo común entre sus componentes y elemento vertebrador de las narrativas de pertenencia e identificación que trazaron los contornos de la nueva comunidad nacional, y en último lugar, la religión católica, entendida como componente indisociable de la concepción de España dibujada por los rebeldes y elemento fundamental de la retórica y políticas de movilización bélica y regeneración nacional que entroncaban con el nacionalcatolicismo<sup>3</sup>.

Analizar las diferentes narrativas a través de las que la violencia, el nacionalismo y la religión se articularon es esencial para entender la configuración del proyecto nacional franquista durante la contienda<sup>4</sup>. La guerra creó el clima propicio para la simplificación de la realidad, la propuesta de un relato uniforme y monolítico y la concepción del mundo basada en opuestos irremisiblemente enfrentados, unos

---

1. ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE GRANADA [en adelante, AHMG], Actas de la Comisión Municipal Permanente, 21-5-1937.

2. Roger GRIFFIN, *The Nature of Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 33-36. Para el caso español, Michael RICHARDS, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

3. Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*, Madrid, Alianza, 1992; Alejandro QUIROGA, “La idea de España en los ideólogos de la dictadura de Primo de Rivera. El discurso católico-fascista de José Pemartín”, *Revista de Estudios Políticos*, 108 (2000), pp. 197-224.

4. Ismael SAZ, “Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen”, *Ayer*, 50 (2003), pp. 55-83; Ferrán GALLEGU, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.

parámetros en los que nación, violencia y religión se desenvuelven con facilidad por sus dosis de irracionalidad y su capacidad para funcionar en contextos extraordinarios y radicalizados<sup>5</sup>. Sin embargo, la atención al plano discursivo debe complementarse con las experiencias y las prácticas individuales y colectivas. Interrogarse por cómo fueron experimentados esos factores en el frente y la retaguardia insurgentes es, además, una buena forma de calibrar el alcance de las palabras, de los ritos, las ceremonias o las políticas específicas impulsadas por las autoridades. Sin incluir las emociones, los imaginarios o las expectativas en el análisis, nuestro conocimiento de las dinámicas de movilización bélicas y de los inicios del régimen franquista resultaría incompleto. Por ello, no deja de resultar sorprendente que aún sean escasas las miradas sobre las actitudes de quienes vivieron la guerra como combatientes o como civiles y la atención prestada al rol que jugaron los componentes simbólicos y culturales durante el conflicto<sup>6</sup>.

En esta línea, el presente artículo analiza la manera en que el nacionalismo, la violencia y la religión contribuyeron a la movilización en la zona rebelde durante la Guerra Civil y, simultáneamente, fueron vertebrando los discursos y las políticas que dieron forma al proyecto nacional franquista. Este trabajo pretende continuar la línea de la llamada *nueva historia militar* y los *estudios de la guerra*, priorizando una aproximación social y cultural al conflicto y a la violencia que lo envolvió y ubicando las experiencias bélicas de los combatientes y la sociedad civil en el centro del análisis<sup>7</sup>. Pero lo hace sin olvidar las dimensiones ideológicas y sin dejar a un lado elementos tales como la forja de una cultura de guerra en torno a la sangre derramada y el sacrificio colectivo o la incidencia del nacionalismo y el catolicismo en una atmósfera marcada por la excepcionalidad<sup>8</sup>. En esencia, se trata de explorar cómo el contexto de radicalización inaugurado por el golpe de Estado permitió la configuración de una narrativa exaltada en torno al nacionalismo, la religión católica o la violencia, cómo se difundió y se materializó y cuál fue su alcance entre la población situada en el frente o




---

5. Fernando MOLINA, “Destruir para construir. La violencia en los procesos de nacionalización intensiva”, Documento de Trabajo 9/2019, Seminario de Historia, Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2019.

6. Fue pionera en este sentido la obra de Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936–1939*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pero también cabe mencionar otras como Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!: Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006; o James MATTHEWS, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012.

7. Un balance general en David ALEGRE LORENZ, “Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 164-196 (<https://doi.org/10.20318/hn.2018.4035>). Véase también James MATTHEWS, “The Wartime Mobilization of Spanish Society, 1936-1944: An Introduction”, en ÍDEM (ed.), *Spain at War. Society, Culture and Mobilization, 1936-1944*, Londres, Bloomsbury Academic, 2019, pp. 1-12.

8. Demandar más atención a la agencia individual o a las experiencias personales no debería implicar relegar a un segundo plano los componentes culturales o ideológicos que también les dieron forma como parece ocurrir en Michael SEIDMAN, *A ras de suelo: historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2006; y, más recientemente, en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO, “Introducción. Soldados para el frente: más allá de los alféreces provisionales y los comisarios políticos”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 13-21, esp. 15-16.

la retaguardia rebeldes<sup>9</sup>. Para ello, la primera parte se centra en la violencia desplegada por los sublevados durante la contienda y su papel en la definición de la nueva *comunidad nacional*. El segundo epígrafe pretende evaluar el rol del nacionalismo en la movilización bélica y dibujar los perfiles del proyecto renacionalizador rebelde. Por último, se presta atención al peso de la religión en la definición de la contienda y su capacidad movilizadora entre combatientes y civiles.

### **Eliminar, neutralizar y movilizar: la violencia y el nacimiento de la Nueva España**

El golpe de Estado del verano de 1936 situó la violencia en el primer plano de la vida nacional. En múltiples formas y por diferentes canales, afectó directa o indirectamente a la totalidad de la población española. Su extensión en las trincheras conformó el sustrato de una cultura combatiente ligada al sacrificio realizado y marcó las experiencias de quienes empuñaron las armas en ambos bandos. En la retaguardia, la violencia fue el principal instrumento para la eliminación física y la neutralización del enemigo, pero también actuó como un eficaz elemento de movilización social. Además, constituyó la vía principal para la resolución de conflictos precedentes y rivalidades latentes. Su importancia y centralidad fue tal que resulta difícil deslindarla de los discursos y las políticas de los rebeldes, cuyo objetivo principal era derribar el Estado republicano. La violencia constituyó, por consiguiente, el eje vertebrador del proyecto nacional franquista, dado que era concebida como un mecanismo de profilaxis social del cuerpo enfermo de la patria y elemento definidor de los perfiles de la comunidad nacional naciente<sup>10</sup>.

82

Los sublevados hicieron de la violencia un componente central de sus narrativas desde el inicio de la contienda inundando con ella tanto el frente como la retaguardia. A tenor de la atención prestada a la extensión de la violencia en ambas realidades, podríamos deducir que su incidencia fue mayor lejos del campo de batalla, donde se desplegó el *terror caliente* y la propaganda movilizadora fue más intensa<sup>11</sup>. Sin embargo, la violencia fue esencial para el reclutamiento militar y estuvo muy presente entre las tropas. Por una parte, atravesó toda la retórica justificativa de las políticas de ocupación insurgentes. El objetivo de la *limpieza política* estuvo muy presente, por ejemplo, en todas las disposiciones dadas por Queipo de Llano relativas a la forma en que debían ir conquistándose las diferentes localidades por parte de las columnas bajo su mando. En unas de sus instrucciones, el general insurgente se refería a la “energía en

---

9. Michael RICHARDS, “Daily Life in the Spanish Civil War, 1936-1939”, en Nicholas ATKIN (ed.), *Daily Lives of Civilians in Wartime Twentieth-century Europe*, Westport, Greenwood, 2007; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, “Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936–1939”, *History. The Journal of the Historical Association*, 101-346 (2016), pp. 448-463 (<https://doi.org/10.1111/1468-229X.12238>); Miguel ALONSO IBARRA, “Guerra civil y contrarrevolución. El fascismo español bajo el signo de la cruz”, *Ayer*, 109 (2018), pp. 269-295, esp. 291-292.

10. Javier RODRIGO, “Violencia y fascistización en la España sublevada”, en Francisco MORENTE (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*, Madrid, La Catarata, 2011, pp. 79-95, esp. pp. 82-84. Sobre los diferentes roles de la violencia, véase Stahis N. KALYVAS, *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2006, pp. 32-54.

11. Así se ha sostenido, por ejemplo, en MATTHEWS, *Soldados a la fuerza*, capítulo 3.

la represión, sobre todo en aquellos individuos [...] peligrosos de acción” con la que debían emplearse las tropas para sembrar el terror y paralizar la retaguardia<sup>12</sup>.

Similares motivaciones impulsaron otros episodios de ocupación militar posteriores, en los que el ejército debía convertirse en brazo ejecutor del proceso de purificación y castigo dirigido contra el enemigo. Los diplomáticos italianos reflejaron en sus informes la participación del elemento militar en las ejecuciones llevadas a cabo tras la toma de Málaga en febrero de 1937<sup>13</sup>. Con el paso de los meses, la violencia fue mutando de acuerdo con las propias dinámicas bélicas, pero mantuvo su presencia en la retórica y en las políticas de los rebeldes como lo evidencian las lógicas punitivas que guiaron las ocupaciones de Cataluña o Madrid en los últimos meses del conflicto<sup>14</sup>.

Por otra parte, la violencia se convirtió en el principal catalizador de la movilización y el reclutamiento de los soldados. Aunque, como se verá, otros elementos tuvieron un papel destacado en este plano, el papel de la coerción y del miedo resultó un elemento crucial en la llegada de hombres al frente<sup>15</sup>. En un informe del Servicio de Información Especial Estratégico referido a la retaguardia gallega se afirmaba que en varias poblaciones de la región se obligaba a los parados a “alistarse en las filas facciosas” y que, de no hacerlo, “corren peligro sus vidas o su libertad”<sup>16</sup>. En otros puntos de la España sublevada, la permisividad de la que gozaba Falange era la que permitía que los *camisas azules* obligaran a determinados sectores campesinos a afiliarse al partido para, más adelante, enviarlos al frente a luchar<sup>17</sup>.

Las respuestas sociales ante la movilización violenta impulsada por las autoridades insurgentes fueron muy variadas<sup>18</sup>. Algunos individuos vieron en el ejército un salvavidas para ellos mismos o para sus familias, ante el temor de que estas

---

12. El entrecomillado en “Instrucciones a jefes de columnas”, julio de 1936, ARCHIVO GENERAL MILITAR DE ÁVILA [en adelante AGMAV], Zona Nacional [en adelante ZN], Cuartel General del Generalísimo, Ejército del Sur, caja 2.580, 41. Véase también Paul PRESTON, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Madrid, Debate, 2011, pp. 200 y ss.; y Francisco ESPINOSA MAESTRE, *La columna de la muerte. El avance del Ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 29-31.

13. ARCHIVIO DEL MINISTERO DEGLI AFFARI ESTERI (Italia), Legajo 1216, “Situazione política Andalusia”, 24-3-1937. Antonio NADAL, *La guerra civil en Málaga*, Málaga, Arguval, 1984, pp. 190 y ss. Un estudio actualizado en Javier RODRIGO, *La guerra fascista: Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Barcelona, Alianza, 2016.

14. Véase Peter ANDERSON, *¿Amigo o enemigo? Ocupación, colaboración y violencia selectiva en la Guerra Civil Española*, Granada, Comares, 2017, pp. 210-212; Alejandro PÉREZ-OLIVARES, “Los planes de ocupación franquistas”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), *Asedio. Historia de Madrid en la Guerra Civil*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, pp. 63-89; y Miguel ALONSO, “Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la Guerra Civil española (1936-1939)”, en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgarrada. Guerra ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2018, pp. 214-216.

15. MATTHEWS, *Soldados a la fuerza*; Aurora ARTIAGA REGO, “Movilización rebelde en el verano de 1936. Galicia, ¿una nueva Covadonga?”, en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.), *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, La Catarata, 2014, p. 133.

16. ARCHIVO DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA [en adelante AGCE], Sección de Información, caja 722 “Síntesis de informaciones recibidas”, 22-3-1938.

17. *Ibidem*, 29-5-1938.

18. Véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA y Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA, “Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de los ‘soldados de Franco’”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 79-107, esp. 98-105.





recibieran algún tipo de castigo si decidían desoír la llamada a filas<sup>19</sup>. Otros optaron por desertar, emboscarse o pasarse al otro bando para evitar lo que ellos consideraban una muerte segura. Al combatiente José Lordés no le cabía duda alguna de que muchos de los que se encontraban en su bandera falangista se habían unido solo “por miedo a que en sus pueblos se les detuviera”<sup>20</sup>. Sin embargo, la coerción y la violencia empleada en el reclutamiento provocaron reacciones más drásticas. Los informes sublevados recogieron casos de automutilaciones con relativa frecuencia. El temor a ser llamado a filas era tal que las jerarquías militares de Las Palmas de Gran Canaria aseguraban que los hospitales de la capital se llenaban al conocerse la formación de un nuevo reemplazo<sup>21</sup>. Finalmente, hubo quienes, asustados por el reclutamiento o aterrorizados por la violencia del combate, decidieron quitarse la vida, como fue el caso de un soldado que en julio de 1938 se cortó la garganta con una navaja barbera<sup>22</sup>.

Los casos citados ponen de relieve el papel que la violencia desempeñó como instrumento coercitivo e intimidatorio sobre los comportamientos de muchos individuos. Sin embargo, también actuó como un mecanismo integrador en el proceso de movilización y como elemento de cohesión entre los soldados del bando rebelde. Al igual que en otras guerras, los discursos y las prácticas violentas difundidas *desde arriba* por ideólogos y oficiales, también fueron compartidos, sustentados y redefinidos *desde abajo* por las tropas<sup>23</sup>. Así, no resulta extraño que la violencia apareciera en los diarios, las cartas y los relatos de los combatientes. Por supuesto, la representatividad de estos testimonios es limitada, puesto que fueron pocos los que tuvieron la oportunidad o la capacidad de plasmar por escrito su experiencia. Además, en la mayoría de los casos se confeccionaron como un mecanismo de propaganda, más que como narrativas fieles del conflicto. Pese a ello, se trata de relatos relevantes en un contexto de exaltación extraordinaria, especialmente durante las primeras semanas del golpe, cuando nadie era consciente de que se avecinaba una guerra de casi tres años de duración. El soldado y religioso Adro Xavier manifestó sin rubor su deseo de “ver aniquiladas” a las “huestes rojas” por el “mal que habían causado a España y a su religión”. El empleo de la violencia quedaba justificado en aras del restablecimiento de una supuesta normalidad cuya única alternativa eran la degeneración y el caos. “A una situación caótica se la cauteriza o suprime con otra violenta” escribía el combatiente Fernando Martínez Grana. Más explícito se mostraba Antonio Olmedo, quien fantaseaba con la idea de hundir su bayoneta en la sangre “doblemente roja” de los enemigos de la patria<sup>24</sup>.

19. Así lo exponían, por ejemplo, los evadidos a zona republicana en sus testimonios. Algunos de ellos en AGMAV, ZN, caja 2.907, “Información sobre evadidos de la España Roja”, 1937.

20. José LLORDÉS, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 312. Véase también, James MATTHEWS, “‘Our Red Soldiers’: The Nationalist Army’s Management of its Left-Wing Conscripts in the Spanish Civil War 1936-9”, *Journal of Contemporary History*, 45-2 (2010), pp. 344-363 (<https://doi.org/10.1177/0022009409356912>); y Pedro CORRAL, *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006, p. 86.

21. Las referencias en AGMAV, ZN, caja 86, “Informe sobre mutilaciones y heridas”, 5-2-1938.

22. AGMAV, ZN, caja 3064, “Consejos de guerra: delitos”, 11-6-1938.

23. George L. MOSSE, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, pp. 160 y ss.

24. Adro XAVIER, *Laureada de sangre: esbozos históricos de la Cruzada*, Valladolid, Casa Martín, 1939, pp. 34 y 39; Fernando MARTÍNEZ GRANA, *Estelas de José Antonio. Tercera bandera de Asturias*, Madrid, Gráfica Literaria, [s. f.], p. 28; Antonio OLMEDO, *La flecha en el blanco. Diario de guerra*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937, p. 23.

Estos testimonios se vieron alimentados por otros relatos mitificados y radicalizados, nacidos en el fragor de la contienda, como fueron los contruídos en torno a la extranjerización y deshumanización del enemigo<sup>25</sup>. No faltaron las referencias a la fisonomía monstruosa de los enemigos, a su comportamiento inmoral y a su parecido con buitres, hienas, monos o “fríos reptiles”<sup>26</sup>. Aunque sobredimensionados y exagerados, estos relatos posibilitaban la definición del enemigo y del carácter de la guerra que se estaba librando, difundiendo por contraste el modelo social por el que se luchaba<sup>27</sup>. Si a ello le añadimos el papel que pudieron desempeñar el conocimiento y el relato de los episodios de *terror rojo* en la retaguardia republicana o la violencia vista y vivida en el frente, parece evidente el lugar central que esta ocupó en las experiencias de los combatientes y la huella que dejó en sus vidas.

Pero la experiencia de quienes no empuñaron un arma también estuvo marcada por la violencia experimentada, percibida y relatada. “Donde más cruel es la guerra civil es en retaguardia”, aseguraba en su diario el combatiente vasco José de Arceche<sup>28</sup>. Más allá de la veracidad de esta afirmación, lo que sí es cierto es que la retaguardia se convirtió rápidamente en un frente paralelo y se vio sometida a un profundo proceso de transformación que se materializó, entre otros muchos elementos, en la violencia derivada de los bombardeos de la aviación enemiga y de las labores de limpieza política encabezadas por las autoridades<sup>29</sup>. La violencia acompañó al golpe de Estado e hizo de la población civil su objetivo prioritario hasta acabar por formar parte de sus vidas cotidianas. Varios informantes señalaron que la aparición de cadáveres en las afueras de diversas poblaciones de Galicia se había convertido en “algo habitual” en el otoño de 1936<sup>30</sup>. La violencia llenó cunetas, fosas y barrancos, pero también recorrió los espacios de reclusión y castigo e inundó el espacio público<sup>31</sup>. La represión sobre las mujeres republicanas fue una buena prueba de la publicidad otorgada a la violencia. Por ejemplo, dos viudas de La Rioja fueron obligadas a representar una obra de teatro, tras lo cual se las rapó, se les dio aceite de ricino y fueron paseadas por las calles ante las miradas y las risas de los vecinos<sup>32</sup>.



25. Francisco SEVILLANO CALERO, *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

26. Los entrecuillados en Ángel CRUZ RUEDA, *Por España: Crónicas patrióticas*, Granada, Librería Prieto, 1937, pp. 5 y 18. Véase también Francisco COBO ROMERO y Teresa M<sup>a</sup> ORTEGA LÓPEZ, “Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158.

27. Miguel ALONSO IBARRA, “El ejército sublevado en la Guerra Civil Española. Experiencia bélica, fascistización y violencia (1936-1939)”, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019, p. 312.

28. José de ARTECHE, *El abrazo de los muertos. Diario de la guerra civil, 1936-1939*, Zarauz, Icharopena, 1970, p. 209.

29. Javier RODRIGO, “Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36.

30. AGCE, caja 727, “Informe del Servicio de Información Especial sobre Galicia”, 1-2-1937.

31. Antonio MÍGUEZ MACHO, “Un pasado negado. Lugares de violencia y lugares de memoria del golpe, la guerra civil y el franquismo”, *Confluente. Rivista di Studi Iberoamericani*, X-2, (2018), pp. 127-151 (<https://doi.org/10.6092/issn.2036-0967/8885>).

32. Carlos GIL ANDRÉS, *Lejos del Frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*; Barcelona, Crítica, 2006, pp. 218-219.

La visibilidad de la violencia pone de manifiesto no solo su potencial para la aniquilación de los enemigos y su papel como elemento de control a través de diversas manifestaciones y canales, sino también su utilidad como elemento de cohesión social y como pilar esencial del proyecto nacional franquista<sup>33</sup>. Y es que la violencia fue el abono que permitió que afloraran las *comunidades de castigo y dolor* que, en buena medida, sustentaban la *Nueva España*<sup>34</sup>. De una parte, actuaron como impulsoras y promotoras de la violencia, garantizando la exclusión de los enemigos de la nueva comunidad nacional. La violencia se entendía, por tanto, como instrumento necesario para la regeneración de la patria. Algunos, como el estudiante Paulino Aguirre, estaban plenamente convencidos de que, con la eliminación de los “enemigos de España” se estaba “dando comienzo a una nueva vida, a un nuevo país”<sup>35</sup>. Pero, al mismo tiempo, los integrantes de estas comunidades se presentaron como víctimas directas o indirectas de la violencia –en este caso revolucionaria– reclamando lo que consideraban una justa retribución por los sufrimientos padecidos. No fueron pocos los que solicitaron que sus enemigos pagaran “con la misma moneda” hasta el punto de que, en algunas localidades las propias autoridades rebeldes alertaron de cómo las “víctimas de la barbarie roja [...] persiguen por sistema y con saña a sus vecinos”<sup>36</sup>. La violencia, por tanto, no puede concebirse tan solo como la consecuencia inevitable de la vorágine desencadenada durante la contienda o de los instintos criminales de las autoridades golpistas. Por el contrario, formaba parte de la médula del proyecto nacional franquista y, por ende, no puede ser entendida si no es en constante interrelación con este.

### España volvía a ser España: el nacionalismo y la guerra

España enferma se moría [...]. La Patria empobrecida, desnuda, sin un ideal común, vivía una vida mísera, sin alma; su pujanza no era la suma de las energías de todos los hijos; se moría y quería vivir: su destino histórico no había terminado<sup>37</sup>.

En estos términos se expresaba el general falangista Juan Yagüe tras seis meses de guerra, para explicar las razones que, a su juicio, legitimaban el llamado *Alzamiento Nacional*. Esta concepción organicista de la nación como un cuerpo vivo expuesto a enfermedades, epidemias y males de toda clase y sometido a los ataques permanentes de sus enemigos, estaba ya presente en el regeneracionismo militarista de principios del siglo XX y constituía un rasgo común a otras dictaduras nacidas en aquellos años. De esta manera podía justificarse la necesidad de una intervención quirúrgica urgente que

33. Helen GRAHAM, *The Spanish Republic at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 117.

34. Sobre las comunidades de castigo Gutmaro GÓMEZ BRAVO y Jorge MARCO, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Madrid, Península, 2011, pp. 72-74. Sobre las comunidades en torno al dolor véase Jay WINTER, *Sites of memory, sites of mourning: The Great War in European cultural history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

35. Ronald FRASER, *Recuérdalo tú, recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil*, Barcelona, Grijalbo, 1999, Vol. 2, p. 13.

36. Los entrecomillados respectivamente en Estefanía LANGARITA, “Viudas eternas, vestales de la patria. El “luto nacional” femenino como agente cohesionador de la España franquista”, *Ayer*, 103 (2016), pp. 130-131; y en ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE ÁVILA, Gobierno Civil, 95, ‘Informe de la Delegación de Seguridad y Orden Público’, 1-8-1937.

37. Reproducido en *La Falange. Diario de la Tarde: Órgano en Extremadura de Falange Española de las JONS*, 19-1-1937.



sanara el organismo nacional y la puesta en marcha de profundas políticas de regeneración sobre el conjunto de la sociedad. Así, la violencia encontraba en el nacionalismo un repertorio justificativo definido mediante una serie de relatos que convertían a una parte de los españoles en enemigos de la nación y, paralelamente, fomentaban la integración de individuos muy diversos en un proyecto regenerador compartido<sup>38</sup>. No obstante, y de modo inverso, el nacionalismo hallaba en la violencia uno de los medios preferenciales para su difusión y para la construcción de las narrativas de pertenencia que ayudan a los sujetos a construir sus experiencias de nación<sup>39</sup>.

En el caso español, el golpe de julio de 1936 inauguró el contexto propicio para que el vínculo entre nacionalismo y violencia quedara fuertemente establecido. Las guerras fomentan la cohesión de una auto-proclamada *comunidad nacional* en torno a elementos como el sacrificio, la sangre derramada, la idea de un destino compartido entre los combatientes y la preservación de la independencia de la patria frente a amenazas externas. A su vez, establecen las condiciones de pertenencia a dicha comunidad nacional y refuerzan los lazos entre sus miembros al definir los contornos de otro *anti-nacional* que debe ser combatido mediante la fuerza para proteger la nación<sup>40</sup>. Por último, constituyen oportunidades únicas para la refundación de la nación sobre unos pilares nuevos, alterando los relatos sobre el pasado, los símbolos o las ceremonias patrias y permitiendo la transformación de los aspectos más mundanos y cotidianos de las vidas de la gente<sup>41</sup>.

Sin embargo, en una guerra civil la nación se convierte en objeto de disputa entre los dos bandos en liza y su definición provoca controversias incluso dentro de los integrantes de un mismo bando<sup>42</sup>. Así, republicanos y rebeldes no tardaron en reivindicar el monopolio de la identidad nacional y presentaron la guerra como un enfrentamiento contra un invasor extranjero que trataba de colonizar España. La propaganda republicana recurrió a la idea de un *pueblo en armas* vinculada al levantamiento popular del 2 de mayo de 1808, pero entremezclada con la imagen de la guerra como revolución social, de lucha antifascista y convivencia con otras identidades nacionales periféricas<sup>43</sup>. Por su parte, en el bando rebelde, el nacionalismo se convirtió



38. MOLINA, “Destruir para construir”, p. 29; Véase también John HUTCHINSON, “Nationalism and Violence”, en Keith BREEN y Shane O’NEILL (eds.), *After the Nation? Critical Reflections on Nationalism and Postnationalism*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 120-138.

39. MOLINA, “Destruir para construir”, p. 18. Sobre las “experiencias de nación”, véase Ferrán ARCHILÉS, “Lenguajes de nación. Las ‘experiencias de nación’ y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”, *Ayer*, 90 (2013), pp. 91-114.

40. David WELCH, “War aims and the ‘Big Ideas’ of 1914”, en David WELCH y Jo FOX (eds.), *Justifying War. Propaganda, Politics and the Modern Era*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 71-94 ([https://doi.org/10.1057/9780230393295\\_4](https://doi.org/10.1057/9780230393295_4)); Javier RODRIGO, *Cruzada, paz y memoria. La guerra civil y sus relatos*, Granada, Comares, 2013, pp. 25-26.

41. Jon E. FOX y Cynthia MILLER-IDRISS, “Everyday nationhood”, *Ethnicities*, 8-4 (2008), p. 540 (<https://doi.org/10.1177/1468796808088925>).

42. Al respecto, Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, “Las patrias de la República: La experiencia de los nacionalistas periféricos durante la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Historia Contemporánea*, 38 (2009), pp. 13-47; y Zira BOX, *España año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 119-124 y 341-358.

43. Rafael CRUZ MARTÍNEZ, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 316-319, y NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 31-62.

en el nexo común entre sus integrantes hasta el punto de convertirse en un elemento movilizador más efectivo incluso que el anticomunismo<sup>44</sup>. A juicio de los sublevados, la lucha que se estaba llevando a cabo entroncaba con las grandes hazañas que habían marcado la historia patria como la *Reconquista* por parte de los Reyes Católicos, la conquista de América o la guerra contra los franceses a inicios del siglo XIX, enfatizando el carácter tradicionalista y católico en clara contraposición con la idea del *pueblo en armas*. “La guerra contra el marxismo –afirmaba José María Pemán– había de tener anchura de reconquista y magnitudes de guerra de independencia”<sup>45</sup>. No se trataba, por tanto, de una guerra civil, porque –como exponía la propaganda rebelde– “aquellos que manejan las armas contra España han dejado de ser españoles”. El enemigo quedó, por consiguiente, desnacionalizado, englobado bajo conceptos como “hordas marxistas”, “bárbaros asiáticos” o “siervos de Moscú”, que contribuían a simplificar la lucha y a legitimar su exclusión de la nación que se estaba forjando<sup>46</sup>. Desde esta óptica, la contienda constituía una lucha de proporciones épicas entre el Bien y el Mal, donde estaban en juego los propios pilares de la Civilización Occidental. El periodista Ángel Cruz Rueda expresaba este pensamiento en uno de sus escritos: “Europa nos mira. Europa nos agradece lo que hacemos en su favor. Vamos a salvar a Europa de las garras del comunismo”<sup>47</sup>.

El calado entre los combatientes de esta representación del conflicto y de la creencia de que la misma esencia de España estaba en peligro fue, probablemente, menor del que hubieran querido los ideólogos y los máximos responsables de la movilización militar. Pero ello no significa que estos relatos no fueran relevantes, que no favorecieran la incorporación de muchos al frente o que no tuvieran un papel importante en las actitudes de los soldados. Por un lado, porque entre los combatientes había quienes compartían la visión de que el golpe militar era la única solución a la presunta situación de caos y anarquía generada por la experiencia republicana. Algunos mostraban su convencimiento de que sumándose a las filas rebeldes estaban contribuyendo a la salvación de la patria. Fernando Fernández de Córdoba decía “sentirse orgulloso” de haberse enrolado voluntariamente para la causa insurgente en los primeros momentos. Mientras, entre los voluntarios extranjeros proliferaron las manifestaciones de quienes creían que, al luchar del lado de los sublevados, estaban participando en un proyecto contrarrevolucionario y luchando por una cosmovisión ligada a valores tradicionales y católicos<sup>48</sup>.

Por otro lado, no debería ignorarse el factor temporal a la hora de analizar la penetración de estas narrativas entre los combatientes. En julio de 1936 nadie podía presagiar que se avecinaba una guerra de casi tres años, por lo que no debería sorprender que, en aquellos momentos, muchos abrazaran incluso las representaciones más extremas y exaltadas de la contienda, de los enemigos y de la nacionalización que

44. MATTHEWS, *Soldados a la fuerza*, pp. 113-114.

45. El entrecomillado en José María PEMÁN, *Arengas y crónicas de guerra*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937, p. 12. En este mismo sentido se expresaba Félix G. OLMEDO, *El sentido de la guerra española*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1938, pp. 84-86.

46. La cita en *Ideal*, 3-5-1937. Véase también NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 245-261.

47. RICHARDS, *Un tiempo de silencio*, pp. 3-8. El ejemplo en CRUZ RUEDA, *Por España*, p. 87.

48. Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, *Memorias de un soldado-locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he contado*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 137. Algunos casos en ALONSO, “El ejército sublevado”, pp. 305-307.

trataba de llevarse a cabo. Las cartas enviadas por los soldados republicanos a sus familias en aquellas primeras semanas tras el golpe de Estado, están llenas de alusiones a la defensa de una “República democrática”, al hecho de estar “haciendo la revolución” o estar luchando para “tener una España libre y trabajadora donde sus hijos puedan llevar una vida buena”. La caracterización de la guerra como lucha contra el invasor extranjero ocupaba en muchos casos un lugar central: “Hay que luchar –afirmaba un combatiente republicano– hasta desterrar esa mala gente que nos quiere arrebatarnos nuestros hogares, nuestras tierras y nuestro suelo”<sup>49</sup>. Pese a la escasez de evidencias, podemos suponer que relatos similares debieron aparecer también en las cartas de los soldados rebeldes en los primeros compases de la contienda. Además, aunque algunos combatientes no se identificaran con el nacionalismo exacerbado que destilaban las arengas de sus oficiales o la prensa, estas no eran las únicas vías para su difusión. Los canales informales y las representaciones banalizadas de la nación contaron también con un peso significativo y no puede despreciarse su potencial nacionalizador. Así podemos entender la difusión alcanzada por publicaciones como *La Ametralladora* entre las tropas, o que estas colaborasen desde las trincheras en diferentes iniciativas que construyeran *desde abajo* la nación, tales como la composición de fandanguillos y villancicos patrióticos o el reparto de *detentes* entre la población civil<sup>50</sup>.

Precisamente, fue ésta última la más expuesta a la renacionalización que los sublevados buscaban emprender. Al fin y al cabo, en muchos puntos de la retaguardia, el franquismo empezó a construirse desde julio de 1936 y, por consiguiente, el reordenamiento de la nación debía comenzar allí. La premisa de partida para los ideólogos del bando rebelde era que la República había trastocado por completo todos los aspectos de vida nacional, hasta corromper el mismo ser de España. Esta situación se había vuelto más dramática si cabe con el estallido de la contienda, una vez quedaron al descubierto todas las vilezas y crueldades encarnadas por el *terror rojo*. Las colectivizaciones, los cambios en el paisaje urbano, la emisión de nueva moneda, los nuevos modos de saludar y hasta la vestimenta miliciana constituían para los sublevados la prueba definitiva de que en la zona republicana gobernaban autoridades extranjeras<sup>51</sup>. La prensa granadina aseguraba que en el pueblo de Montefrío se había llegado a establecer el régimen soviético en el mes de agosto de 1936. Estampas similares aparecían a medida que se iban *liberando* las localidades sevillanas<sup>52</sup>. El “dominio rojo” de Mérida se dibujaba como el inicio de una pesadilla que convertiría a Extremadura en la “Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Iberia”. En Valencia –se afirmaba– la “chusma domina la calle” y hunde la ciudad en un “ambiente repugnante y grosero”, en



49. Ver James MATTHEWS, *Voces de la trinchera, Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2015, pp. 217-223.

50. Algunos ejemplos en *ABC* (Sevilla), 29-12-1938 e *Ideal* 19-12-1937 y 13-2-1938. Véase también Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, “Franquismo suave: el nacionalismo banal de la dictadura”, en Alejandro QUIROGA y Ferrán ARCHILÉS (eds.), *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España*, Granada, Comares, 2018, pp. 137-157, esp. p. 146.

51. COBO y ORTEGA, “Pensamiento mítico”, pp. 140-142.

52. *Ideal*, 31-8-1936; *ABC* (Sevilla), 16-9-1936. Juan de CÓRDOBA, *Estampas y reportajes de la retaguardia*, Sevilla, Ediciones Españolas S. A., 1939, pp. 121-122.

el que se escuchan “terribles blasfemias” y por donde “borrachos cantaban, gritaban y molestaban a todo el mundo”<sup>53</sup>.

El desorden y la degeneración eran el resultado ineludible de la desnacionalización sufrida por aquellas poblaciones. Lo expresaba de manera reveladora un combatiente del frente aragonés al presenciar las “cosechas rotas y huérfanas” de los pueblos de Almudévar y Tardienta que, a su juicio, eran la evidencia de su “pecado de ingratitud con España”<sup>54</sup>. Por ello, la conquista de una nueva población era interpretada como la reintegración de un territorio desmembrado al cuerpo nacional. Implicaba su renacionalización y, con ello, una modificación radical de su fisonomía y la de sus pobladores. Con su *liberación* en febrero de 1937, Málaga había “adquirido ya las tonalidades de azul cielo [...]. Las calles viven más animadas que nunca. Los templos han sido limpiados [...]. En nada se nota la huella del marxismo”. De manera similar, el periodista Francisco Casares se refería a la regeneración que habían experimentado tras su “vuelta a España” aquellos que habían vivido la guerra bajo el “yugo marxista”. Frente a los “rostros famélicos y de extremada palidez” que caracterizaban a quienes habían sufrido el “dominio marxista”, aseveraba: “las caras ahora son otras. Con expresión más normal, con más color [...] Ya hay rostros nacionales”<sup>55</sup>.

Las representaciones de la anti-España y de las profundas alteraciones que esta había provocado en la vida nacional fueron el motor fundamental de la movilización militar y de las políticas de renacionalización emprendidas en la retaguardia. La organización de milicias de segunda línea, las llamadas suscripciones patrióticas, la ficha azul, las novilladas, las veladas teatrales, las funciones cinematográficas o el *día del plato único* fueron algunas de las iniciativas que se valieron del nacionalismo para fomentar la colaboración de la población civil con la causa rebelde<sup>56</sup>. Al mismo tiempo, se emprendió una profunda transformación del espacio con el objetivo de implantar una nueva cultura nacional que generara también nuevas identidades. Se diseñó un nuevo calendario festivo con fechas y ritmos *adecuados* para la *Nueva España*. Los desfiles, ceremonias, ritos y símbolos de los sublevados alteraron por completo el espacio cotidiano de los ciudadanos. Los *extranjerismos* fueron eliminados y aspectos aparentemente triviales –como la vestimenta, la decoración de la casa o la comida– también fueron renacionalizados<sup>57</sup>.

90

---

53. Baldomero DÍAZ DE ENTRESOTOS, *Seis meses de anarquía en Extremadura*, Cáceres, Edit. Extremadura, 1937, p. 10; y Luis MOLERO MASSA, *La horda en el “Levante Feliz”*: visto y vivido en la revolución roja. Un relato verdad de cuanto ocurrió en la Valencia roja desde el 19 de julio de 1936 al 29 de marzo de 1939, Valencia, Jefatura de FET de las JONS, 1939, pp. 16 y 69.

54. XAVIER, *Laureada*, pp. 85-86.

55. Los entrecomillados en Ángel GOLLONET MEGÍAS y José MORALES LÓPEZ, *Sangre y fuego. Málaga*, Granada, Librería Prieto, 1937, pp. 325-326. Francisco CASARES, *25 comentarios*, Tolosa, Unión Católica, 1940, pp. 10-11.

56. Véase: GIL ANDRÉS, *Lejos del frente*, pp. 258-266; Ángela CENARRO, “Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo”, *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 164-165.

57. Jo LABANYI, “Censorship or the Fear of Mass Culture”, en Helen GRAHAM y Jo LABANYI (eds.), *Spanish Cultural Studies: An introduction. The Struggle for Modernity*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 207-208; Zira BOX, “El calendario festivo franquista tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen”, en Javier MORENO LUZÓN (coord.), *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 263-288.

El Estado y las autoridades locales fueron los principales impulsores de estas políticas. Sin embargo, nuevamente, debemos interrogarnos por su recepción y reconocer la capacidad de los individuos no solo para rechazar, sino para aceptar, adaptar y redefinir las propuestas oficiales a sus aspiraciones, anhelos y deseos. Solo así podemos entender, por ejemplo, que fueran particulares los que sufragaran la sustitución de los nombres republicanos del callejero urbano por los de los principales dirigentes y *héroes* del bando rebelde; que un empresario local fuera quien propusiera al Ayuntamiento de Granada la instalación en el centro de la urbe de un letrero luminoso de seis metros de alto y dieciséis de largo con la inscripción “Viva España”; o que la fábrica de caramelos andaluza *La Imperial* decidiera decorar los envoltorios de sus caramelos con “estampas patrióticas” para que pudieran ser coleccionadas por los niños<sup>58</sup>. Probablemente, la construcción de las cruces de *caídos* es una de las iniciativas que mejor simboliza cómo funcionaba la renacionalización. Su proyección y levantamiento estuvo dirigido por el Estado con el objetivo de crear espacios de comunión política para la nueva comunidad nacional, así como de exclusión para la *antinacional*<sup>59</sup>. Pero también fue impulsada *desde abajo* por empresas, organizaciones e individuos corrientes que deseaban perpetuar la memoria de sus familiares *caídos*. Este fue el caso de la localidad valenciana de Quart de Poblet, donde habían sido “familiares de los caídos y vecinos de la población” quienes habían aportado los donativos para la construcción de la cruz en la localidad, o de la cruz de La Coruña construida mediante “suscripción popular”<sup>60</sup>. Pero hubo casos en que los vecinos participaron en su construcción, como en la localidad toledana de Lagartera; e incluso quienes decidieron erigir monumentos por su cuenta, como una viuda de Pedroche (Córdoba), que construyó una cruz en la esquina de su casa en honor de su marido con la inscripción de “asesinado por los enemigos de Dios”<sup>61</sup>. Sus palabras evidenciaban que el proyecto de renacionalización no estaba solo en manos del Estado, pues había muchos que compartían el proyecto de una *Nueva España* defendido por los sublevados.



### La construcción de la *Cruzada* y el retorno del catolicismo

Los monumentos a los *caídos* y *mártires* de la *Cruzada* fueron uno de los espacios donde los lazos entre catolicismo y nacionalismo se mostraron de manera más clara. A pesar de que esta relación no estuvo exenta de problemas, la unión entre nación y religión constituyó el zócalo fundamental sobre el que se asentó la ideología del bando rebelde, la base de su proyecto para crear la *Nueva España* y un instrumento de movilización popular esencial durante la guerra. El catolicismo, por tanto, no fue un

58. Los casos en Actas de la Comisión Municipal Permanente, 2 de noviembre de 1937, AHMG; María J. EGIDO HERRERO *et al.*, “La vida cotidiana en Palencia durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60 (1989), p. 280; e *Ideal*, 3-10-1936.

59. Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, “Las cruces de los caídos: instrumento nacionalizador en la “cultura de la victoria”, en IDEM *et al.* (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista, 1936-1976*, Granada, Comares, 2013, pp. 65-82.

60. ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN [en adelante AGA], Cultura, caja 21/5374, Monumento a los caídos en Quart de Poblet (Valencia), 5-6-1940.

61. Los casos en AGA, Cultura, caja 21/5373, “Monumento a los caídos en Lagartera”, 12-9-1943; Peter ANDERSON, “In the Name of the Martyrs. Memory and Retribution in Francoist Southern Spain, 1936-1945”, *Cultural and Social History*, 8-3 (2011), pp. 355-370, en p. 364 (<https://doi.org/10.2752/147800411X13026260433077>).



obstáculo para la nacionalización, sino que, por el contrario, constituyó uno de sus catalizadores principales<sup>62</sup>.

No había transcurrido mucho tiempo desde el golpe de Estado, cuando la lucha armada se calificó de “cruzada de liberación nacional”. Todavía tardarían unos meses en precisarse los verdaderos perfiles religiosos de la guerra, pero su temprana sacralización ponía de manifiesto la centralidad que el catolicismo ocuparía en las políticas de movilización y de regeneración impulsadas por los propagandistas y autoridades rebeldes. En agosto de 1936, el arzobispo de Santiago de Compostela, Tomás Muniz, establecía una comparación entre la guerra que se iniciaba y las “Cruzadas de la Edad Media”, puesto que en ambas se combatía “por la fe de Cristo y la liberación de los pueblos”<sup>63</sup>. Un mes más tarde, Enrique Pla y Deniel, obispo de Salamanca, se expresaba en términos parecidos en su conocida pastoral *Las dos ciudades*, asegurando que los españoles afrontaban una “cruzada por la religión, la patria y la civilización”<sup>64</sup>. Pastorales, cartas colectivas, sermones u homilias extendieron la concepción de la contienda como *guerra santa*, dando con ello una supuesta legitimidad a la violencia desencadenada tanto en el frente como en la retaguardia.

El origen de este relato radicaba en la absoluta convicción de que la unidad entre nación española y catolicismo se había visto debilitada por culpa de las políticas llevadas a cabo por la República en un intento por desarraigar la religión del solar patrio<sup>65</sup>, pero este discurso se vio súbitamente reforzado tras el levantamiento militar. La vivencia y la narración de actos de furibundo anticlericalismo, rituales sacrílegos y ofensivos hacia el culto católico y crueles asesinatos de religiosos perpetrados en la retaguardia republicana contribuyeron a asentar la idea de que se estaba librando una batalla contra los “enemigos de Dios”<sup>66</sup>. Lejos del frente no tardaron en escucharse relatos de curas ahorcados o arrastrados hasta la muerte; templos que eran convertidos en almacenes, cines o, simplemente, tapiados para evitar la entrada de los fieles; y sacrílegos partidos de fútbol como el disputado en la localidad cordobesa de Puente Genil con la cabeza de la virgen de la Inmaculada<sup>67</sup>. Estas narraciones, aun plagadas de

92

62. Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Alejandro QUIROGA, “Introducción” en IDEM (eds.), *Soldados de Dios y apóstoles de la patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, pp. XXII-XXIII; Fernando MOLINA APARICIO, “La reconstrucción de la nación. Homogeneización cultural y nacionalización de masas en la España franquista (1936-1959)”, *Historia y Política*, 38 (2017), pp. 23-56 (<https://doi.org/10.18042/hp.38.02>); Joseba LOUZAQ, “Nación y catolicismo en la España contemporánea. Revisitando una interrelación histórica”, *Ayer*, 90 (2013), pp. 65-89.

63. *Boletín Oficial Eclesiástico Santiago de Compostela*, “Circular del Arzobispo de Santiago de Compostela”, 31-8-1936.

64. Enrique PLA Y DENIEL, *Las dos ciudades*, Salamanca, Establecimiento Tipográfico Calatrava, 1936. Véase Hilari RAGUER, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001, pp. 206 y ss.

65. Por ejemplo, Albino MENÉNDEZ REIGADA, *España y la cruz*, [s. l.], [s. e.], 1938, pp. 14-15. Véase también Herbert SOUTHWORTH, *El mito de la Cruzada de Franco*, Barcelona, De Bolsillo, 2017 [1964].

66. Algunos ejemplos: Luis CARRERAS, *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa*, Toulouse, Les Frères Doulaouire, 1938; Aniceto DE CASTRO ALBARRÁN, *Este es el cortejo: Héroe y mártires de la cruzada española*, Salamanca, Tip. Cervantes, 1941. Véase Mary VINCENT, “The Keys of the Kingdom: Religious Violence in the Spanish Civil War, July-August 1936”, en *The Splintering*, pp. 69-90.

67. Los ejemplos en Antonio PÉREZ DE OLAGUER, *El terror rojo en Andalucía Oriental* Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938, pp. 50-52; DE CÓRDOBA, *Estampas*, p. 235.

exageraciones, dieron pábulo a la concepción religiosa de la guerra y, a la postre, resultaron esenciales para la conformación de la memoria franquista del conflicto<sup>68</sup>.

Pero el ideal de *Cruzada*” no se encontraba solo en los discursos y escritos de las autoridades religiosas. Por el contrario, se trataba de un concepto abierto que ofrecía suficientes elementos con los que las diferentes sensibilidades existentes dentro del bando rebelde podían identificarse. El carácter sagrado de la guerra, la justificación de la violencia o la necesidad de regeneración nacional fueron algunos de ellos<sup>69</sup>. Por ello, su presencia en los testimonios de los combatientes no fue inusual, y así se pone de relieve en su correspondencia. En marzo de 1937, un soldado expresó en una de sus cartas su total convicción en que Dios les otorgaría pronto “la victoria total del bien sobre el mal y de lo recto sobre lo diabólico. España será de Cristo”. En términos parecidos se manifestó un combatiente perteneciente a la Juventud Católica al afirmar su predisposición a luchar de manera voluntaria: “Cristo Nuestro Señor tiene su ejército, tiene sus apóstoles”<sup>70</sup>. El elemento religioso tuvo un papel central entre los soldados carlistas procedentes de Navarra, convertida en los momentos iniciales en corazón de la *Cruzada* y ejemplo de entrega por la patria<sup>71</sup>. “Venían estos hombres [al frente] con la faz curtida [...], con medallas y escapularios, pregonando sus arraigadas convicciones cristianas”. Algunos encomendaban su vida a Dios antes de una ofensiva, como el soldado requeté Jesús Lambea: “Al subir al monte para tomarlo, recé tres Ave Marías a la Virgen Santísima”<sup>72</sup>.

Por supuesto, no todos los combatientes del bando rebelde albergaban unos sentimientos religiosos tan intensos y había quienes vivían la exaltación religiosa con indiferencia o con resignación hostil<sup>73</sup>. Pero resulta innegable la presencia del catolicismo en las trincheras. Los responsables de ello fueron, en buena medida, los capellanes castrenses. En teoría, eran los encargados de auxiliar espiritualmente a la tropa y reconfortarla frente a las tribulaciones que estaban experimentando, pero, en la práctica, su labor iba mucho más allá. También eran los responsables de levantar los



68. La prueba más evidente de esto sería la confección de la Causa General, donde se trataba de dar publicidad a los “crímenes” y “destrucciones” del “marxismo”. Véase MINISTERIO DE JUSTICIA, *Causa General*, Astorga, Akrón, 2008 [1941].

69. RODRIGO, *Cruzada, paz y memoria*, p. 19; NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 220 y ss.; Miguel ALONSO IBARRA, “Cruzados de la civilización cristiana. Algunas aproximaciones en torno a la relación entre fascismo y religión”, *Rubrica Contemporanea*, 3, 5 (2014), pp. 133-154, en p. 142 (<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.52>).

70. J. CERVERA GIL, *Ya sabes mi paradero. La guerra civil a través de las cartas de las que la vivieron*, Barcelona, Planeta, 2005, p. 163; y JUVENTUD CATÓLICA, *El frente dice: la guerra de España a través de la correspondencia de los combatientes*, Zaragoza, Talleres Gráficos El Noticiero, 1938, p. 13.

71. Javier CASPISTEGUI, “Spain’s Vendée: Carlist identity in Navarre as a mobilising model”, en *The Splintering*, pp. 177-195; Javier UGARTE TELLERÍA, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 182 y ss.

72. Cirilo MARTÍN RETORTILLO, *Huesca vencedora. Algunos episodios de su heroica defensa*, Huesca, Edit. V. Campo y Cía, 1938, p. 16; y el segundo citado en: Francisco LÓPEZ SANZ, *Navarra en la Cruzada: episodios, gestos, lenguaje epistolar y anecdotario*, Pamplona, Ed. Navarra, 1948, p. 103.

73. Sobre las diferentes actitudes frente a la religión entre las tropas, ALONSO, “El ejército sublevado”, pp. 338-339. Otros autores limitan mucho más su influencia y la restringen al “control totalitario” por parte de las autoridades rebeldes: Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA, “La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1975). Su papel en la consolidación del Régimen franquista”, tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2018, pp. 279 y 346.

ánimos de los combatientes y de organizar las misas de campaña en las que religión y nación se entremezclaban<sup>74</sup>. Su celebración era concebida como un símbolo de comunión entre los combatientes y la población civil, al mismo tiempo que como el primer jalón del proyecto de recatolización, de ahí que fueran los primeros actos en organizarse tras la conquista de cualquier localidad<sup>75</sup>. Tras la toma de Aracena (Huelva), se celebró, “en medio de la conmoción del pueblo y de las lágrimas de todos”, una imponente misa de campaña en la plaza, donde la figura de Cristo había sido destruida. “Memorable y consolador” fueron los adjetivos utilizados por el capellán Salvador Torrijos para describir el acto religioso celebrado sobre las ruinas de Belchite<sup>76</sup>. Aquellas ceremonias se repitieron tras la *liberación* de cada localidad por las tropas rebeldes. Con ellas se reforzaba el carácter sacralizado del conflicto armado y se reclamaba la propiedad de esos espacios contaminados por el *dominio marxista* procediendo a su purificación.

Tanto el relato mitificado de la *Cruzada* como las ceremonias religiosas de expiación y desagravio y las políticas de regeneración se extendieron por toda la retaguardia con una intensidad incluso mayor que la del frente. Allí la guerra adquirió tintes de castigo divino por la descristianización experimentada y penitencia ineludible para purgar los “pecados” cometidos. “Dios nos castiga. Dios nos está flagelando [...] La revolución es el látigo del que se está valiendo Dios para despertar a los dormidos”, aseguraba el arzobispo de Granada<sup>77</sup>. Las “razones de la guerra” eran, en su opinión, evidentes:

Son las blasfemias y las profanaciones constantes y descaradas del Nombre y de las Fiestas de Dios, son el olvido y la conculcación de sus respectivos deberes de los hijos y de los padres de los inferiores y de los superiores de los obreros y de los patronos, son los escándalos de toda hora del día y de la noche, del vestido, del trato, del espectáculo, de la diversión, del libro, de la revista, de los bailes, y de la moda de las mujeres y de los hombres y hasta de los niños y de las niñas, son, en una palabra, los pecados de los españoles los alambres y los garfios que forman el azote con que la ira de Dios castiga y hace entrar en juicio y buen camino a sus hijos<sup>78</sup>.

La regeneración se volvía, de este modo, necesaria, y si había algún lugar que requería una especial profundidad, era la retaguardia. Los actos religiosos se multiplicaron por toda la España dominada por los sublevados. En Huesca, los rosarios de la Aurora recorrieron las calles nuevamente, en lo que se interpretaba una reconquista del espacio urbano tras un periodo en el que se habían visto obligados a “practicarlos dentro del templo”<sup>79</sup>. En Cáceres, el consistorio recuperó la procesión de la patrona local, la Virgen de la Montaña, que presidiría el altar mayor de la Iglesia de

74. Sus funciones en AGMAV, ZN, caja 2-158; James MATTHEWS, “Comisarios y capellanes en la Guerra civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa”, *Ayer*, 94 (2014), pp. 175-199.

75. Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, “Before the Altar of the Fatherland: Catholicism, Politics of Modernization, and Nationalization during the Spanish Civil War”, *European History Quarterly*, 48-2 (2018), pp. 232-255 (<https://doi.org/10.1177/0265691418760169>).

76. Los actos en *ABC* (Sevilla), 25-8-1936; Salvador TORRIJOS BERGES, *Mis memorias de guerra*, Zaragoza, Tip. M. Serrano Pinatelli, 1939, pp. 40-41.

77. *Boletín Oficial del Arzobispado de Granada*, “Sobre la Fiesta de la Inmaculada, 1-12-1936.

78. *Boletín Oficial del Arzobispado de Granada*, “Lecciones de la tragedia presente”, 1-1-1937.

79. MARTÍN RETORDILLO, *Huesca vencedora*. pp. 106-107

Santa María con una bandera de España a sus espaldas<sup>80</sup>. El sentido de penitencia y redención estaba presente en muchas de las ceremonias celebradas. Como recordatorio de los pecados cometidos, el arzobispo de Burgos impuso “tres días de penitencia a la población”. Durante los mismos, se organizaron procesiones que llegaron a congregarse hasta a 25.000 personas “con velas encendidas y rezando”<sup>81</sup>. La exaltación religiosa y la proliferación de actos fue tal que despertó la hostilidad de algunos sectores e individuos. Antonio Ruiz Villaplana fue testigo de cómo los reos de la prisión provincial de Burgos eran obligados a entonar motetes “medrosa y lúgubrememente”. En la denominada “capital de la Cruzada” el ambiente resultaba especialmente “fanático” desde el punto de vista religioso. Según un informe recibido por los mandos del Ejército Popular, en Burgos se observaban “trajes talares por todas partes y locales” y “hasta 4.000 comuniones diarias se toman en las iglesias, donde los niños son conducidos en formación”<sup>82</sup>. Pero los actos de recristianización se sucedían en otros muchos puntos de la retaguardia rebelde, como en San Sebastián, donde se afirmaba que “la población civil está obligada a vivir en un ambiente de histerismo religioso-patriótico” o en Zaragoza, donde existía “una exaltación religioso-militar que llega al histerismo” y que se vinculaba en particular a la participación de las mujeres en este tipo de actos<sup>83</sup>.

La purificación y la recatolización se hacían aún más necesarias en aquellas localidades o barrios de ciudades donde la descristianización y la degeneración social habían resultado mayores. Así, varios testimonios afirmaban en 1938, que el obispo de Canarias, Antonio Pildaín se dedicaba a “predicar demagógicamente en las barriadas obreras”<sup>84</sup>. Ceremonias de reposición de cruces y hornacinas se mezclaron con actos de desagravio y contrición en las populosas calles del Albayzín de Granada, único núcleo de resistencia al levantamiento militar en la capital y bastión anarquista en los años de la República<sup>85</sup>. De la misma forma, las barriadas obreras de Málaga fueron purificadas con agua bendita tras su conquista por las tropas rebeldes en un intento de –según palabras del obispo de la diócesis– “lavar la faz de la ciudad”<sup>86</sup>. Estos actos se reproducirían durante toda la posguerra y seguirían teniendo una especial intensidad en aquellos núcleos de población y áreas urbanas consideradas hostiles hacia el régimen. Pero ello no quiere decir que el relato de purificación y regeneración propuesto por la dictadura no calara entre algunos sectores sociales. Pese a la dificultad de calibrar la recepción entre la población, muchos asumieron el axioma de que España necesitaba refundarse de un modo u otro sobre los pilares de la religión y la tradición. Con su participación en



80. César RINA SIMÓN, “Fascismo, nacionalcatolicismo y religiosidad popular. Combates por la significación de la dictadura (1936-1940)”, *Historia y Política*, 37 (2017), p. 251 (<https://doi.org/10.18042/hp.37.09>).

81. AGMAV, Zona Roja (ZR), caja 227, carpeta 1-2, “Informe de una visita a zona nacional”, s. f.

82. Antonio RUIZ VILAPLANA, *Doy fe... Un año de actuación en la España nacionalista*, Ediciones Imprimerie Coopérative Étoile, 1937, p. 197; AGMAV, ZR, caja 227, 1-2, “Informe de una visita a zona nacional”, s. f.

83. AGCE, caja 738, “Informe sobre diferentes provincias”, 1938.

84. AGCE, caja 722, “Síntesis de noticias recibidas en este negociado”, 20-4-1938.

85. Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, *Granada azul. La construcción de la “cultura de la victoria” en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011, pp. 216-218.

86. Michael RICHARDS, “Presenting arms to the Blessed Sacrament: civil war and Semana Santa in the city of Málaga, 1936-1939”, en *The Splintering*, pp. 212-214; y Adela ALFONSÍ, “La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966. El nacional-catolicismo de los obispos Santos Olivera y Herrera Oria”, *Historia Social*, 35 (1999), pp. 119-134.

las ceremonias y rituales –aunque fuera desde los márgenes–, con sus gestos y sus silencios y con su miedo a una nueva confrontación, acabaron por metabolizar el discurso de la dictadura sobre la *Cruzada*<sup>87</sup>. Aunque no creyeran que libraban una *guerra santa* o que la misma existencia de Dios estuviera siendo cuestionada, muchos vieron en el fortalecimiento del catolicismo la promesa del mundo de orden y tranquilidad social al que aspiraban en contraste con el panorama de conflictividad social con el que identificaban a la República y con los sufrimientos padecidos durante la contienda.

## Conclusiones

Está naciendo una España nueva y grande, en gloriosa y navideña desproporción de la cuna y el recién nacido: “entre pajas nace”. Así nació el Redentor. Así nace ahora la otra España en este nevado portalito de Burgos [...] Los ángeles saben que ésta que nace es la España que multiplicará los panes y los peces, abrirá los ojos de los ciegos, aligerará los pies a los tullidos y redimirá sobre todo por tercera vez al mundo pecador<sup>88</sup>.

Esta comparación establecida por José María Pemán entre la nación española y Jesucristo, que tan recurrente resultó en la literatura y propaganda rebelde, representaba de manera muy precisa la idea de redención y regeneración que envolvía el proyecto de la *Nueva España* que debía surgir al término de la guerra. La violencia purgadora de los pecados y los males de la patria se erigió como parte esencial de la renacionalización y la recatolización que articularon el surgimiento de la España de la victoria. Estos tres elementos –violencia, nacionalismo y catolicismo– continuaron siendo los pilares sobre los que pivotó la forja del régimen franquista. La violencia siguió alcanzando a los enemigos de la nación y de la religión en forma de ejecuciones, encarcelamientos, castigos humillantes o exclusión social. A ella se sumó el férreo control social sobre las vidas cotidianas de los ciudadanos, con el fin de neutralizar posibles *desviaciones* y *amenazas*. La versión simplificadora y excluyente del nacionalismo español defendida durante la guerra conservó un carácter central en los discursos y las políticas del régimen. A través de la escuela, del servicio militar, de las instituciones del partido y de otros mecanismos informales se llevó a cabo una intensa política de renacionalización que nunca abandonó los caracteres adquiridos durante la contienda, por más que experimentara transformaciones notables. La centralidad del catolicismo tampoco fue nunca cuestionada por parte de la dictadura. La concepción de la guerra como *Cruzada* resistió al paso de las décadas, las ceremonias y rituales católicos siguieron ocupando el espacio público y la religión y la Iglesia mantuvieron siempre un lugar relevante en la cotidianeidad de los españoles.

El proyecto de nación articulado por el régimen franquista desde sus orígenes bélicos no fue, pese a todo, el fruto de los designios caprichosos de un puñado de dirigentes e ideólogos vinculados al Estado. Muchos compartían los ejes básicos sobre los que debía pivotar la *Nueva España* y colaboraron de una forma u otra en su construcción. Integrar en el análisis las cuestiones culturales, identitarias y emocionales

---

87. La prensa puso especial énfasis en los actos de desagravio llevados a cabo tanto en Madrid, como en otras zonas *liberadas* y señaló la participación popular en los mismos. Por ejemplo, *Diario de Palencia*, 7-4-1939 y *Ya*, 8 y 11-4-1939. Véase también Mary VINCENT, “Expiation as Performative Rhetoric in National-Catholicism: The Politic of Gesture in Post-Civil War Spain”, *Past and Present*, 203-4 (2009), pp. 235-256 <https://doi.org/10.1093/pastj/gtp011>).

88. PEMÁN, *Arengas*, p. 130.



e interpelarse por las formas de apropiación de la realidad, la resignificación o la adaptación individual de discursos y políticas confeccionados *desde arriba* es fundamental para entender el funcionamiento de las relaciones de poder que se establecieron y escrutar aspectos de la contienda que, de otro modo, quedarían oscurecidos<sup>89</sup>. Después de todo, resulta difícil sacar las emociones del escenario, cuando investigamos sobre un contexto marcado por el trauma, los extremismos y las pasiones desatadas.



---

89. Jan PLAMPER, *The History of Emotions: An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015, pp. 251-296.